

Trinidad, la Holanda á Trinquemale, y que Francia prometiese no apropiarse jamás el Cabo de Buena Esperanza. No se trataba ya más que de obtener el consentimiento de España y Holanda.

El Directorio vió que Maret era demasiado condescendiente y resolvió llamarle, enviando á Lila á Bonnier y á Treillard con nuevas instrucciones, según las cuales Francia exigía la restitución lisa y llana, no sólo de sus colonias, sino también de las de sus aliados. En cuanto á las negociaciones de Udina, no se mostró el Directorio menos resuelto y terminante. No consintió ya en atenerse á los preliminares de Leoben, que cedían al Austria el límite del Oglio en Italia; quería que ésta quedase libre del todo hasta el Isonzo; y que Austria se contentase, como indemnización, con la secularización de los diversos Estados eclesiásticos en Alemania. Llamó á Clarke, elegido y enviado por Carnot, y que en su correspondencia tuvo muy poca consideración con los generales del ejército de Italia, reputados como los más republicanos. Bonaparte quedó como representante de la república para tratar con Austria.

El *ultimatum* que el Directorio hacía firmar en Lila á los nuevos negociadores Bonnier y Treillard, vino á romper una negociación casi concluída, lo cual desconcertó singularmente á lord Malmesbury, pues deseaba la paz, bien para terminar gloriosamente su carrera, ó ya para obtener en favor de su gobierno un momento de reposo. Manifestó, pues, el más vivo sentimiento; pero era imposible que Inglaterra renunciase á todas sus conquistas marítimas y no recibiera nada en cambio. Lord Malmesbury era tan sincero en su deseo de tratar, que encargó á Mr. Maret buscara en París quien influyese en la determinación del Directorio, llegando hasta á ofrecer varios millones por el voto de uno de los directores. Mr. Maret rehusó encargarse de semejante negociación, y se marchó de Lila. Lord Malmesbury y Mr. Ellis partieron también al punto para no volver. Aunque se pudiese censurar en aquella ocasión al Directorio por haber rechazado una paz segura y ventajosa para Francia, su motivo era, sin embargo, honroso, pues habría sido poco leal en nosotros abandonar nuestros aliados, imponiéndoles sacrificios por precio de su fidelidad á nuestra causa. El Directorio, lisonjeándose de celebrar pronto la paz con Austria, ó por lo menos de imponerla por un movimiento de nuestros ejércitos, tenía la esperanza de verse bien pronto libre de sus enemigos del continente y de poder emplear todas sus fuerzas contra Inglaterra.

El *ultimatum*, remitido á Bonaparte, le desagradó mucho, porque no esperaba conseguir que le aceptasen. Era difícil, en efecto, obligar al Austria á renunciar completamente á Italia, contentándose con la secularización de algunos Estados eclesiásticos en Alemania. Para esto sería necesario marchar contra Viena, y Bonaparte no podía aspirar á este honor, porque tenía enfrente á todas las fuerzas de Austria, y el ejército de Alemania era el que debía obtener la ventaja de atravesar el primero y penetrar en los Estados hereditarios. A este motivo de descontento agregóse otro, cuando supo los recelos que se concebían en París contra él. Augereau había enviado á uno de sus ayudantes de campo con cartas para muchos oficiales y generales del ejército de Italia: este ayudante parecía

desempeñar una especie de misión y hallarse encargado de rectificar la opinión del ejército sobre el 18 fructidor. Bonaparte comprendió bien que desconfiaban de él, y apresuróse á fingirse resentido, quejándose con la viveza y amargura del hombre que se cree indispensable: dijo que el gobierno le trataba con una horrible ingratitud, que se conducía con él como con Pichegrú después de vendimiario, y acabó presentando su dimisión. Aquel hombre de un genio tan grande y resuelto, que sabía tomar en ocasiones tan noble actitud, se dejó llevar aquí del mal humor de un niño impetuoso, colérico y antojadizo.

El Directorio no contestó á la demanda de su dimisión, contentándose con asegurarle que no había intervenido para nada en aquellas cartas ni en el envío de un ayudante de campo. Bonaparte se tranquilizó, pero pidió se le reemplazase en las funciones de negociador y en las de organizador de las repúblicas italianas. Repetía sin cesar que estaba enfermo, que no podía resistir la fatiga que le causaba montar á caballo, y que le era imposible emprender una nueva campaña. Sin embargo, aunque estuviese verdaderamente enfermo y agobiado por los enormes trabajos á que se entregaba hacía dos años, no quería ser substituído en ninguno de sus empleos; y en caso necesario estaba seguro de encontrar en su alma las fuerzas que parecían faltar á su cuerpo.

Resolvió en efecto proseguir la negociación, y agregar á la gloria del primer capitán del siglo la de pacificador. El *ultimatum* del Directorio le molestaba; pero no estaba en aquella circunstancia más decidido que en otras muchas á obedecer ciegamente á su gobierno. Sus trabajos eran en aquel instante inmensos; organizaba las repúblicas italianas, creaba una marina en el Adriático, formaba grandes proyectos sobre el Mediterráneo y trataba con los plenipotenciarios de Austria.

Había comenzado á organizar en dos Estados diversos las provincias de la alta Italia, emancipadas por él. Mucho tiempo hacía que se había erigido en república Cispadana el ducado de Módena y las Legaciones de Bolonia y Ferrara. Su proyecto era reunir este pequeño Estado á la revolucionada Venecia, é indemnizarla así de la pérdida de sus provincias de tierra firme. Trataba de organizar aparte la Lombardia con el título de república Transpadana; pero cambiando de ideas muy pronto, prefirió formar un solo Estado con las provincias libertadas. El espíritu de localidad que se oponía al principio á la reunión de Lombardia con las demás provincias, aconsejaba por el contrario ahora agruparlas: la Romanía, por ejemplo, no quería agregarse á las Legaciones ni al ducado de Módena, sino depender de un gobierno central establecido en Milán. Bonaparte comprendió que detestando cada uno á su vecino, sería más fácil someterlos á todos bajo una autoridad sola. Finalmente, la dificultad de resolver la supremacía entre Venecia y Milán y preferir á cualquiera de ambas para residencia del gobierno, no existía para él, pues había determinado sacrificar á Venecia. No gustaba de los venecianos, porque veía que el cambio de gobierno no había producido en ellos la variación de ideas. La alta nobleza, la pequeña y el pueblo eran enemigos de los franceses y de la revolución, y hacían votos por los austriacos: sólo algunos menestrales acomodados apro-

baban el nuevo estado de cosas. La municipalidad democrática manifestaba la peor intención hacia los franceses, y casi toda Venecia parecía que deseaba ver restablecido por Austria el antiguo gobierno. Además los venecianos tampoco inspiraban á Bonaparte estimación alguna en el importante carácter del poder. Sus puertos y canales estaban casi cegados; su marina en el más deplorable estado, y ellos embrutecidos por los placeres y sin ninguna energía. *Es un pueblo débil, afeminado y cobarde*, escribía, *sin tierra ni agua, que no sé qué hacer de él*. Pensaba, pues, entregar á Venecia al Austria con condición de que renunciando ésta á los límites del Oglio, estipulados en los preliminares de Leoben, retrocediese hasta el Adige. Este río, que es un excelente límite, separaba entonces al Austria de la nueva república; y la importante plaza de Mantua, que según los preliminares debía devolverse al Austria, quedaría por la república italiana, siendo Milán la capital, sin más contestaciones. Bonaparte prefería formar un solo Estado que tuviese á Milán por capital, y darle por frontera el Adige y Mantua, más bien que conservar á Venecia; y en esto tenía razón, por el mismo bien de la libertad de Italia. De no dejar libre toda ésta hasta el Isonzo, más valía perder á Venecia que la frontera del Adige y Mantua. Bonaparte, al conferenciar con los agentes del Austria, había visto que podía aceptarse el nuevo convenio, y por consiguiente formó de la Lombardia, de los ducados de Módena y Reggio, de las Legaciones de Bolonia y Ferrara y de Romanía, el Bergamasco, el Bresciano y el Mantuano, un Estado que se prolongaba hasta el Adige, con excelentes plazas, tales como Pizzighetone y Mantua; una población de tres millones y seiscientos mil habitantes, un suelo asombroso y ríos, canales y puertos.

Inmediatamente procedió á organizarlo en república, aunque hubiera querido otra Constitución que la de Francia, pues encontraba en ésta muy débil el poder ejecutivo; y aun sin tener todavía inclinación decidida á tal ó cual forma de gobierno, llevado sólo por la necesidad de formar un Estado fuerte y capaz de luchar con las aristocracias vecinas, hubiera deseado una organización más completa y enérgica. Solicitaba que le enviasen á Sieyes para arreglar con él este negocio; pero el Directorio no adoptó sus ideas, sino que insistió en que se diese á la nueva república la Constitución francesa. Fué obedecido, y nuestra Constitución acomodóse al punto en Italia: llamóse esta nueva república Cisalpina, pues aunque querían denominarla Transalpina, esto era colocar en cierto modo el centro en París, y los italianos querían tenerlo en Roma, porque todos sus deseos se dirigían á libertar á su patria, á darla unidad y á restablecer la antigua metrópoli, conviniéndola por lo tanto más la palabra Cisalpina. Creyóse prudente no abandonar á los italianos la primera formación de gobierno, y por primera vez nombró Bonaparte á los cinco directores y á los individuos de los dos Consejos, procurando hacer recaer las elecciones en los mejores sujetos, al menos según su posición lo permitía. Nombró director á Serbelloni, uno de los más ilustres señores de Italia, y organizó en todas partes guardias nacionales, reuniendo hasta treinta mil en Milán para la confederación del 14 de julio.

La presencia del ejército francés en Italia, sus haz-

ñas y su gloria habían empezado á esparcir por este país, poco acostumbrado á las armas, el entusiasmo militar. Bonaparte procuró excitarle de mil maneras; pues conocía cuán débil era la nueva república bajo el aspecto militar, y no apreciaba en Italia más que el ejército piamentés, porque la corte del Piamonte era la única que había guerreado en el transcurso del siglo. Escribía á París que un solo regimiento del rey de Cerdeña desharía toda la república Cisalpina, y que por consiguiente era menester dar á ésta costumbres guerreras; que entonces sería una potencia interesante; pero que para esto se necesitaba tiempo, y estas revoluciones no se hacen en pocos días. Sin embargo, empezaba á conseguirlo, porque poseía en el más alto grado posible el arte de comunicar á los otros su pasión más profunda, la de las armas. Nadie sabía mejor que él servirse de su gloria para hacer una moda de los triunfos militares y encaminar á ella toda especie de vanidades y ambiciones. Desde entonces empezaron á variar las costumbres en Italia. En vez de la sotana, que era el traje de moda entre los jóvenes, se vistió el uniforme; y en lugar de pasar la vida á los pies de las mujeres, los jóvenes italianos frecuentaban los picaderos, las escuelas de esgrima y los campos de ejercicio. Los niños no jugaban ya á los altares, sino que tenían soldados de plomo, é imitaban en sus juegos los acontecimientos de la guerra. En las comedias y en las farsas de calle se representaba á un italiano muy cobarde, aunque vivaracho, y á una especie de capitano, algunas veces francés y con más frecuencia alemán, muy robusto, valentón y cencil, que concluía por sacudir algunos palos al italiano con grande aplauso de los espectadores. El pueblo no sufrió más semejantes alusiones, y los autores pusieron en escena, con satisfacción del público, italianos animosos, que hacían huir á los extranjeros por sostener su honor y sus derechos. El espíritu nacional se iba formando, y la Italia tenía sus himnos patrióticos y guerreros al propio tiempo. Las mujeres rechazaban con desprecio el amor de los hombres que para complacerlas afectaban costumbres afeminadas (1).

Sin embargo, apenas principiaba aquella revolución; la Cisalpina no podía ser fuerte sino protegida por Francia. El proyecto era dejar en ella, como en Holanda, parte del ejército que descansase de sus fatigas, gozase pacíficamente de su gloria y encendiese todo el país en su fuego guerrero. Bonaparte había formado para la disciplina un vasto y soberbio plan, con aquella previsión que lo abarcaba todo. Esta república era una vanguardia de Francia, y se hacía preciso que nuestros ejércitos llegasen allá rápidamente. Bonaparte había proyectado un camino desde Francia á Génova, y desde Génova al Valais, que atravesando el Simplón, bajase á la Lombardia. Conferenciaba ya al efecto con Suiza, y había enviado ingenieros que formasen el presupuesto del coste y fijasen todas las circunstancias de la ejecución con aquella exactitud que él empleaba en los proyectos más vastos y quiméricos al parecer. Quería que esta carretera, la primera que atravesase directamente los Alpes, fuese ancha, sólida y magnífica; una obra maestra de la libertad y un monumento del poderío francés.

(1) *Memorias de Napoleón* publicadas por el conde de Montholon, tomo IV. pág. 196.

Mientras se ocupaba así de una república que le debía su existencia, también dispensaba justicia, y elegíanle por árbitro entre los pueblos. La Valtelina, que se había rebelado contra la soberanía de las alianzas grisonas, está formada por tres valles que pertenecen á Italia, porque vierten sus aguas en el Adda: hallábanse aquéllos sometidos al yugo de los grisones, yugo insostenible, pues no hay ninguno tan pesado como el que un pueblo impone á otro; y existía en Suiza más de un despotismo de este género. El de Berna sobre el país de Vaud era célebre: los valtelinos se sublevaron, pidiendo formar parte de la república Cisalpina: invocaban la protección de Bonaparte, y para obtenerla fundábanse en antiguos tratados que ponían á la Valtelina bajo la protección de los soberanos de Milán. Los grisones y los valtelinos convinieron en someterse al tribunal de Bonaparte, quien aceptó la mediación con el permiso del Directorio. Hizo aconsejar á los grisones que reconociesen los derechos de los valtelinos y se asociaran con éstos para formar una nueva liga; pero rehusaron, queriendo abogar por la causa de su tiranía. Bonaparte les fijó una época para comparecer: cumplido el plazo, los grisones, instigados por Austria, rehusaron presentarse; y entonces, fundándose el general en la aceptación del arbitraje y en los antiguos tratados, condenó á los grisones por falta de comparecencia, declaró libres á los valtelinos y permitióles reunirse con la Cisalpina. Esta sentencia, fundada en derecho y en equidad, produjo una viva sensación en Europa; atemorizó á la aristocracia de Berna, rogó á los del Vaud y agregó á la Cisalpina una población rica, intrépida y numerosa.

Génova tomaba al mismo tiempo á Bonaparte como consejero para escoger una constitución; y como no estaba conquistada, podía elegir sus leyes, sin depender del Directorio por este concepto. Los dos partidos aristocrático y democrático estaban allí en lucha: el primer motín había estallado, como ya hemos visto, en el mes de mayo, y hubo otro más general en el valle de la Polcevera, que estuvo á punto de ser fatal para Génova. Fué excitado por el clero contra la nueva constitución: el general francés Duphot, que estaba allí con algunas tropas, restableció el orden. Los genoveses se dirigieron á Bonaparte, quien les contestó con una severa carta, llena de consejos muy sabios y en la cual reprendía su furor democrático. También introdujo cambios en su constitución: en vez de cinco magistrados encargados del poder ejecutivo, sólo dejó tres; los individuos de los Consejos fueron menos numerosos; y el gobierno se organizó de una manera menos popular, pero más fuerte. Bonaparte hizo conceder más ventajas á los nobles y á los sacerdotes para reconciliarlos con el nuevo orden de cosas; y como se había querido excluirlos de los cargos públicos, censuró este proyecto. *Hariais*, escribió á los genoveses, *lo que han hecho ellos mismos*. Publicó intencionalmente la carta que contenía esta frase, porque era una censura contra lo que se hacía en París respecto á los nobles. Estaba muy contento de intervenir así de una manera indirecta en la política, dar un consejo, y que fuera contrario al Directorio; y sobre todo separarse en el acto del partido victorioso, porque afectaba quedarse independiente, no aprobar ni servir á ninguna facción, despreciarlas y dominarlas á todas.

Mientras que era así legislador, árbitro y consejero de los pueblos italianos, ocupábase de otras atenciones no menos vastas, que revelaban una previsión por otro estilo profunda. Habíase apoderado de la marina de Venecia, enviando al almirante Brueys al Adriático para tomar posesión de las islas venecianas de Grecia; y esto le condujo á reflexionar sobre el Mediterráneo, su importancia y el puesto que en el podríamos ocupar. Dedujo en conclusión que si en el Océano podíamos hallar dueños, no podía suceder lo mismo en el Mediterráneo. Bien fuese libre ó no toda la Italia, ya se cediera ó no Venecia al Austria, quería que Francia conservase las islas Jónicas, Corfú, Zante, San Mauro, Cefalonia y Cefalonia, cuyos pueblos querían ser nuestros súbditos. Malta, el punto más importante del Mediterráneo, pertenecía á una orden gastada, que debía desaparecer ante la influencia de la revolución francesa; y por otra parte, Malta iba á caer muy pronto en poder de los ingleses si Francia no se apoderaba de ella.

Bonaparte había mandado embargar las propiedades de los caballeros en Italia, para acabar de arruinarlos, practicando intrigas en el mismo Malta, que sólo guardaban algunos caballeros y una débil guarnición: proponíase enviar su reducida flota y apoderarse de la plaza: «Desde estos diversos puntos, escribía al Directorio, dominaremos el Mediterráneo, vigilando al Imperio Otomano, que se hunde por todos lados, y podremos sostenerle ó tomar nuestra parte. Además se conseguirá que sea casi inútil para los ingleses la dominación del Océano. Nos han disputado en Lila el Cabo de Buena Esperanza, pero podemos prescindir de él. Ocupemos el Egipto, por cuyo medio tendremos el camino directo de la India, y nos será fácil establecer una de las más hermosas colonias del globo.» En Italia, pues, y pensando en el Levante, fué donde concibió la primera idea de la célebre expedición que intentó el año siguiente. «En Egipto, escribió, es donde se debe atacar á Inglaterra.» (Carta del 16 de agosto de 1797 - 29 termidor del año v).

Para conseguir sus fines mandó venir al almirante Brueys al Adriático con seis navíos, algunas fragatas y varias corbetas; y había ideado además el medio de apoderarse de la marina veneciana. Según el tratado concluido, debían pagarle tres millones en material de marina, y con este pretexto, apoderóse de todos los cañones, hierros, etc., que formaban por lo demás la única riqueza del arsenal veneciano. Después de hacerse dueño de dicho material con la excusa de los tres millones, Bonaparte hizo lo mismo con los navíos so color de ir á ocupar las islas por cuenta de la Venecia democrática, mandó concluir los que estaban en construcción, y pudo armar así seis buques de guerra, seis fragatas y varias corbetas, las cuales agregó á la escuadra que Brueys trajo de Colón. Substituyó el millón detenido por la Tesorería, dió á Brueys fondos para alistar excelentes marineros en Albania y en las costas de Grecia, y facilitó así una escuadra capaz de imponer respeto en todo el Mediterráneo. Fijó el principal establecimiento en Corfú, por razones excelentes, que aprobó el gobierno: esta escuadra podía dirigirse desde Corfú al Adriático y concertarse con el ejército de Italia en el caso de nuevas hostilidades; podía también ir á Malta; imponía á la corte de Nápoles; y si llegaba á

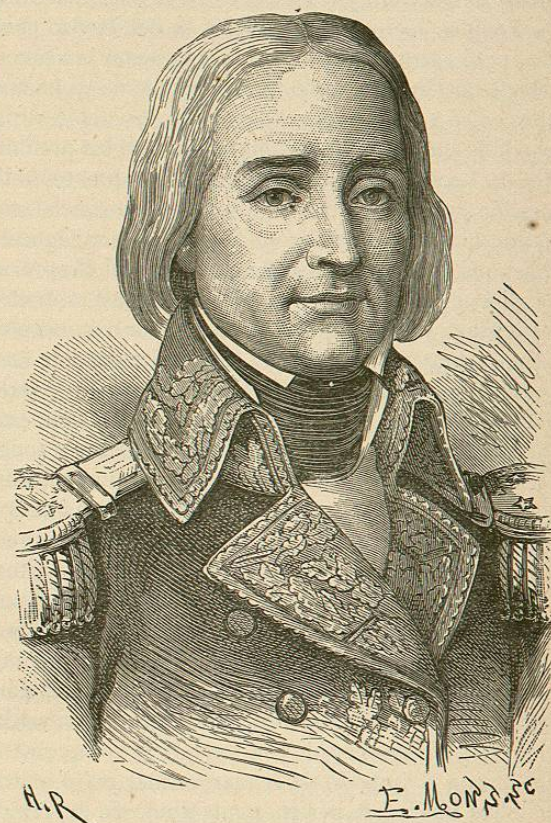
ser necesaria en el Océano para contribuir á cualquier proyecto, érale fácil acudir presurosa hacia el Estrecho más prontamente que si hubiese estado en Tolón. Por último, en Corfú aprendía la escuadra á maniobrar, é instruíase mejor que en Tolón, donde solía permanecer inmóvil. «Jamás tendréis marinos, escribía Bonaparte, si los dejáis en vuestros puertos.»

Así ocupaba Bonaparte su tiempo durante las calculadas dilaciones del Austria; y pensaba igualmente en su posición militar respecto á esta potencia, la cual había hecho inmensos preparativos desde que se firmaron los preliminares de Leoben. Después de transportar la mayor parte de sus fuerzas á Carintia, para proteger á Viena y ponerse á cubierto de los golpes de Bonaparte, sublevó á la Hungría en masa; diez y ocho mil jinetes húngaros se ejercitaban hacia tres meses en las orillas del Danubio, y contaba con medios para apoyar las negociaciones de Udina. Bonaparte no tenía apenas más de setenta mil hombres de tropas, con muy poca caballería; y por lo tanto pedía refuerzos al Directorio á fin de hacer frente al enemigo, exigiendo sobre todo la ratificación del tratado de alianza con el Piamonte, para obtener diez mil de aquellos soldados piamonteses que él apreciaba tanto. Pero el Directorio no quería enviarle refuerzos, porque la mudanza de las tropas produciría numerosas deserciones, y prefería acelerar la marcha del ejército de Alemania, aliviando al de Italia sin reforzarle; vacilaba aún en firmar una alianza con el Piamonte, porque no quería garantizar un trono cuya caída natural esperaba y deseaba. Sólo envió algunos soldados de caballería á pie, pues en Italia había con qué equiparlos.

Privado de los recursos con que contaba, veíase, pues, Bonaparte expuesto á un conflicto por la parte de los Alpes Julianos; pero trató de suplir de todas maneras á los medios de que carecía. Había armado y fortificado á Palma Nova con una actividad extraordinaria, convirtiéndola en una plaza de primer orden, que por sí sola debía exigir un largo sitio. Unicamente esta circunstancia cambiaba de un modo particular su posición: había mandado echar puentes sobre el Isonzo, para estar dispuesto á desembocar con su acostumbrada prontitud; y si la ruptura se efectuaba antes de la estación de las nieves, proponíase sorprender á los austriacos, introducir entre ellos el desorden, y á pesar de la superioridad de sus fuerzas, hallarse muy pronto á las puertas de Viena. Si la ruptura no se verificaba hasta después de dicha estación, ya no podría anticiparse á los austriacos, y sería preciso recibirlos en las llanuras de Italia, donde la estación les permitía penetrar en todo tiempo. En tal caso, la ofensiva no podría equilibrar la desproporción numérica, y se consideraría en peligro.

Bonaparte deseaba, pues, que las negociaciones terminasen prontamente. Después de la ridícula nota del 18 de julio, en que los plenipotenciarios habían insistido de nuevo por el congreso de Berna, reclamando contra lo que se hizo en Venecia, Bonaparte dispuso que se contestara de un modo enérgico, para probar al Austria que se hallaba dispuesto á caer de nuevo sobre Viena. MM. de Gallo, de Meerweld y un tercer negociador, Mr. de Degelmann, habían llegado el 31 de agosto (14 fructidor) y las conferencias comenzaron

en el acto; pero evidentemente proponíase retardar aún las negociaciones, pues al aceptar una separada en Udina, reservábanse siempre apelar á un congreso general en Berna. Bonaparte advirtió que la paz del Imperio no debía tratarse hasta después de la del emperador, declarando que si el congreso se abría, no contasen con Francia, añadiendo que si para el 1.º de octubre no estaba terminada la paz con el emperador se considerarían nulos los preliminares de Leoben. A este punto habían llegado las cosas, cuando la jornada del 18 fructidor (4 septiembre) dejó fallidas todas las



Brueys

esperanzas del Austria. Inmediatamente pasó Mr. de Cobentzel desde Viena á Udina, y Bonaparte se trasladó á Passeriano, hermosa casa de campo, á poca distancia de Udina, anunciando todo que entonces iba á tratarse con sinceridad. Las conferencias se verificaban alternativamente en Udina en casa de Mr. de Cobentzel, ó en Passeriano en la de Bonaparte. El primero era un hombre sutil y lleno de conocimientos, pero poco lógico, altanero y desabrido. Los otros tres negociadores guardaban silencio, y Bonaparte representaba solo á Francia después que se destituyó á Clarke; y como tenía bastante arrogancia y era afuente é imperioso, podía responder bien al agente austriaco.

Aunque era claro que Mr. de Cobentzel tenía verdadera intención de negociar, no por eso dejó de manifestar las más ridículas pretensiones. Austria cedería cuando más los Países Bajos, mas no se encargaba de asegurarnos el límite del Rin, diciendo que el Imperio era el que podría hacernos esta concesión. En cambio de las ricas y populosas provincias belgas, Austria quería posesiones, no en Alemania, sino en Italia: los preliminares de Leoben le concedían los Estados venecia-